[aula abierta]

aula abierta 21

Sección del Suplemento Cultural **Tres Mil** en apoyo a los programas de Lenguaje y Literatura de Educación Media del Ministerio de Educación

| Diario Co Latino |
| sábado 27 de junio de 2009 |

Responsable: Vladimir Baiza

Primer Año de Bachillerato

El Renacimiento: Lírica, ascética y mística

EDGAR ALFARO CHAVERRI

Ahora en su Aula Abierta, les traemos la poesía mística, un esbozo de los escritores del renacimiento dedicados a la contemplación, a la meditación, a la comunicación íntima del hombre con dios y su creación. Aquí sobresalen Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, entre otros.

La importancia de su obra radica, en convertirse en modelo e inspiración para numerosos escritores y movimientos literarios posteriores. Estos íconos del misticismo retoman la profundidad del lenguaje, la interioridad más pura y reflejan la eterna contradicción entre el amor humano y el amor divino. Además de contribuir al desarrollo de las letras y de la lengua española.

Posteriormente les hablamos de la poetisa salvadoreña, que vivió sus últimos años en México, la fenomenal Lilian Serpas y se incluye una muestra de su obra.

En *El cuento de la semana*, les presentamos uno de los mejores cuentistas sudamericanos, Juan Carlos Onetti, quien nació en Montevideo, Uruguay, en una casa de la calle San Salvador, en el Barrio Sur; y murió en Madrid en 1994.

Y en *El poema de la semana*, les traemos un clamor desde el campo de batalla, un poema magistral de César Vallejo, donde aboga por una humanidad más solidaria y redimida por el poder del amor: *Masa.*

En esta edición se utilizan, con autorización expresa de su hija Vesna y a manera de homenaje, algunas ilustraciones del maestro García Ponce, quien falleciera recientemente en esta ciudad capital.

Este suceso ha enlutado a la comunidad artística salvadoreña y el silencio reinante en los medios de comunicación nos indica la desvalorización hacia los creadores nacionales.

Casi han existido llantos y pataletas en algunos medios por la muerte de Michael Jackson y la rubia despampanante de Los Ángeles de Charlie (Farrah Fawcett); y en algunos casos, ni tan siquiera se ha vertido una línea de solidaridad ni un pésame tan solo, por la muerte del Maestro García Ponce.

Tan mal andamos, que recomendamos a los estudiantes, no cultivar la ingratitud, un deporte nacional altamente nocivo para reconstruir nuestra maltrecha identidad. Y a los medios de comunicación, a sus periodistas y pseudo comunicadores, a que estudien y lean más, que beban de esta humilde fuente del saber y la justicia. Un ejercicio que no cuesta más de veinte centavos a la semana.

(VB).

Regalo a su hija Vesna en su cumpleaños (arriba) y *Personajes* (abajo). Obras de Antonio García Ponce

Durante los albores del Renacimiento, hubo en varios países de Europa una especie de resurgimiento de la poesía lírica. Se experimentaron nuevas formas métricas y estilísticas que habían de constituirse en modelos para los siglos posteriores, especialmente en lo que toca a la poesía de habla hispana. De esa época es el reaparecimiento de subgéneros de corte clásico tales como la égloga, la oda, los madrigales, las canciones, ya constituidos por los antiguos griegos en formas representativas de la poesía lírica. También de entonces es la creación de construcciones estróficas o métricas: el soneto, la octava italiana, la décima, etc. Algunas de tales creaciones eran de fuente más bien popular, como el romance, derivado del poema épico de los siglos de la plena Edad Media.

En cada país europeo la poesía lírica adoptó formas peculiares, según la idiosincrasia, visión ideológica y demás rasgos socioeconómicos. Así, en España, dada su secular profunda religiosidad, justo en el momento de mayor esplendor social y literario, la lírica tuvo su mejor expresión en dos tendencias religioso-literarias: la **Ascética** y la **Mística**.

¿**Qué es la Ascética**?

El término proviene del griego **Asketikós**: **el que adiestra**. Y se entendía por **Askésis**, el esfuerzo realizado consciente y metódicamente para liberar el alma de las malas pasiones.

La Ascética es una rama de la Teología (ciencia del conocimiento de Dios).Tiene por objeto propio los ejercicios que debe practicar una persona para alcanzar la perfección espiritual. En los primeros tiempos del cristianismo, la askésis se entendía como una preparación para el momento máximo de prueba: el martirio.

Por ello, se exigía al cristiano disciplina y espíritu de penitencia y de sacrificio. Prácticas tales como la vida ermitaña, el ayuno y la abstinencia, los castigos corporales aplicados voluntariamente para reprimir las tentaciones, etc, son propias de la vida ascética.

Desde el punto de vista de la filosofía realista moderna, el ascetismo es el modo de vida que se caracteriza por una sobriedad extrema en la satisfacción de las necesidades, por una renuncia máxima a los bienes humanos con el fin de alcanzar un ideal moral o religioso. El ascetismo ha sido un elemento importante en varias religiones Budismo, Brahamanismo, Protestantismo, Catolicismo.

Después de la Reforma Luterana, los protestantes propugnaron un ascetismo mundano, que consistía en privarse de gastos superfluos para acumular riqueza y poder invertir en el desarrollo de la industria. La capacidad de lograrlo se consideraba como un signo de virtud. En cambio, la contrarreforma católica, propició un ascetismo acendradamente religioso, cuya meta era la perfección espiritual.

¿Qué es la Mística?

También este término proviene del griego **mistikós**: **lo secreto**, **lo misterioso**.

Se empleaba para designar las prácticas ocultas y misteriosas, que según las concepciones mágico-realistas del Oriente y del Occidente antiguos, posibilitaban la comunicación con Dios o con algún otro ser sobrenatural.

La Mística, como rama de la Teología, estudia los estados extraordinarios que se dan en la comunicación directa con la divinidad: **éxtasis**, **raptos**, **visiones**, **revelaciones**. Según Lalande, la Mística consiste en las creencias o doctrinas que se basan más bien en el sentimiento y la intuición que en la observación y el razonamiento. Creencias o doctrinas que menosprecian o rechazan la realidad sensible en provecho de una realidad inaccesible a los sentidos.

Principales diferencias entre Ascética y Mística

1- La primera significa un modo de vida y unas prácticas religiosas normales, como resultado de la voluntad personal; la segunda, un modo de conocimiento y unas experiencias sobrenaturales, (supuestamente) por encima de normalidad.

2- En la vida ascética, la persona se acerca a Dios a través del esfuerzo, de la renuncia, del autoperfeccionamiento; en la vida mística, es Dios quien se acerca al alma; es Él quien escoge.

3- La Ascética es racional, aunque idealista; la Mística es intuitiva, suprasensible, y más idealista que la anterior.

Ambas tendencias han dado lugar a numerosas obras literarias, en diversas épocas, sociedades y religiones, tanto en verso como en prosa. La segunda (la Mística) se presta mayormente al simbolismo y a la búsqueda de imágenes eminentemente líricas ya que supone una experiencia interior más intensa. En su aspecto más vivencial, la Mística es experimental e inefable: Experimental porque se da como una situación psíquica y emotiva en la persona entregada a la vida contemplativa, no basta la teoría, es necesario vivir tal situación. Inefable porque dicha experiencia resulta imposible de ser comunicada a los demás. De ahí que la mayoría de lectores profanos no puedan captar el sentido esencial de la literatura mística y se queden únicamente en su simbolismo literario.

Para lograr, según la concepción mística, una plena unión del alma con Dios, ha de recorrerse un camino de perfección que se divide en tres etapas:

- **La purificación** (purgatio), consistente en que el alma se libere de los pecados y de las malas pasiones a través del sacrificio y de la penitencia.

- **La iluminación** (iluminatio), consistente en que el alma sea tocada por la gracia divina, y entre, en una comunicación más directa con el Creador, no por sus méritos, sino simple y llanamente por un don gratuito.

- **La unión** (unio), consistente en el desposorio espiritual entre el alma y Dios, de tal manera que ya no puede haber separación ni desentendimiento, sino un deleite intenso que viene a ser prenuncio de la bienaventuranza eterna.

Poesía Lírica en el Siglo de Oro Español

Para ubicar con mayor claridad el fenómeno de la Ascética y de la Mística, de modo particular en la literatura española, es conveniente explicar el marco socio-literario en que se manifiesta: el Siglo de Oro español.

Amor humano, amor divino

Después de sus grandes triunfos (expulsión de los árabes, descubrimiento e invasión de América, hegemonía comercial marítima, etc.), España se ve enfrentada a una crisis ideológica intensa: la Reforma Luterana, cuya sede inicial fue Alemania, de donde se difundió a otros países como Holanda, Inglaterra y los países escandinavos, bajo los auspicios de la nueva clase social ascendente, la burguesía.

España, eclesiástica y católica, conservadora y autoritaria, trata a toda costa de abanderar la reacción en contra de los cambios religiosos. Por tanto, se coloca a la vanguardia de la Contrarreforma, surgida del Concilio de Trento (1545).

El Siglo de Oro español comprende tres momentos básicos: **a**) el inicial, de gran esplendor y triunfalismo, bajo el reinado de Carlos I (V de Alemania); **b**) la época de Felipe II, sucesor de Carlos I y líder máximo del movimiento de la Contrarreforma; **c**) el momento de la disolución, correspondiente a la aparición de *El Quijote* y, poco después del Culteranismo y del Conceptismo.

Los dos primeros períodos pertenecen al Renacimiento; el último, al Barroco.

La época de Felipe II significó un giro a la derecha para la Iglesia Católica: buscó su propia depuración y acrecentamiento, pero a costa de la imposición. Este rey colocó al país bajo un verdadero estado de sitio (según la expresión de José María Valverde), cuyo juez ideológico vino a ser el Tribunal del Santo Oficio (la Inquisición).

Es precisamente en este lapso cuando se concentra en España el sentido ascético y místico de la religión y cuando florecen los autores y obras de tales tendencias.

En general, el Siglo de Oro significó el triunfo de todos los géneros literarios: Teatro, novela (picaresca), poesía lírica.

La poesía alcanza un grado de madurez difícilmente comparable al de otras épocas, mientras que la prosa queda un tanto rezagada. Esta desproporción obedece a que los poetas pudieron encontrar técnicas y modos de construcción de perfecta seguridad, no por la labor genial de uno u otro creador, sino como fruto de una búsqueda común que se había empeñado en llegar a dominar formas y estilos métricos y líricos. A tal punto se logra ese desarrollo, que para el público en general llega a ser corriente el oír expresarse en verso. Ejemplo típico de ello es el hecho de que la mayor parte de obras teatrales eran escritas en verso.

En cambio la prosa es menos compartida socialmente, se restringe a experimentaciones individuales (Quevedo, Cervantes, Gracián), que no logran crear fórmulas o técnicas de uso común y que, por tanto, no trascienden en la misma medida que la poesía.

Para entender el triunfo de la poesía lírica durante el Siglo de Oro español, es necesario tomar en cuenta la influencia que ejercieron los poetas renacentistas italianos y franceses, pero también el acierto de los autores españoles en no limitarse a copiar esos moldes nuevos, sino en adaptarlos creativamente al propio idioma, es decir, castellanizarlos.

Así, las odas, los sonetos, los madrigales, las églogas, no se dan como un trasplante, sino como una reinvención, a la cual se llega lentamente.

Según algunos críticos e historiadores de la literatura española, España es el país en el que menos fructificó el Renacimiento, debido a su apego a lo medieval, tanto en su obsesión teológica (la ascética-mística), como en su popularismo (la picaresca). Se ha llegado a afirmar que en realidad no hubo Renacimiento.

Sin embargo, hay dos géneros en que no puede negarse que los contenidos y los estilos renacentistas fueron asimilados por la pintura y la poesía lírica.

En ambos, la Ascética y la Mística tuvieron cabida. Pintores como **El Greco**, **Ribera**, **Surbarán** y **Murillo** reflejan esa temática. En poesía, los nombres más destacados son los de: **Juan de Ávila** (1500-1569); **Fray Luis de León**; **Fray Luis de Sarriá**, llamado **Luis de Granada** (1504-1588); **Juan de Yepes**, llamado **San Juan de la Cruz** (1542-1591); **Teresa de Cepeda y Ahumada**, llamada **Santa Teresa de Jesús** (1515-1582).

Por otra parte, también alcanzó madurez la poesía eglógica o bucólica, en la que están prácticamente ausentes las referencias a lo religioso. Introductor de esta modalidad fue **Juan Boscán y Almogáver** (1492-1542) y continuador de la misma, **Garcilaso de la Vega** (1501-1536). Ambos proceden de la poesía lírica renacentista de Francisco Petrarca, quien a su vez se había inspirado en la lírica trovadoresca provenzal.

Es digna de mención la confluencia de lo eglógico y de lo místico en autores como Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Sus poemas responden a una motivación eminentemente religiosa; pero el tratamiento es eglógico: sus símbolos son tomados de la naturaleza, especialmente de la flora: ríos, prados, bosques, flores, frutos, etc.

En síntesis, la poesía lírica española, especialmente en su vertiente ascético-mística, responde a los ideales de la contrarreforma y del despotismo auspiciado por el régimen de Felipe II; pero desde el punto de vista formal literario, significa un triunfo, pues alcanza técnicas y recursos altamente perfeccionados que habrán de perdurar hasta la actualidad.

Fray Luis de León (1527-1591)

Nació en Belmonte del Tajo (Cuenca) y murió en Madrigal de las Altas Torres (Ávila). Era de noble linaje, si bien se le acusaba de oriundez judía. Residió durante diez años en Madrid. A la edad de catorce ingresó a la Universidad de Salamanca, la principal de la época. Luego ingresó a la Orden de San Agustín y obtuvo, por oposición, el puesto de catedrático en la mencionada universidad.

Estudió las principales ciencias humanas y religiosas: Idiomas clásicos y hebreo, Sagradas Escrituras, Teología, Filosofía, etc.

Tradujo, directamente del hebreo ***El Cantar de los Cantares***, de Salomón, violando así una prohibición mediante la cual se pretendía evitar los cuestionamientos al texto oficial de La Biblia (que era la traducción de San Jerónimo, conocida como La Vulgata).

Por esta infracción fue denunciado ante el tribunal de la Santa Inquisición. Sus enemigos aprovecharon para endilgarle también los cargos de judaizante y de inclinado al luteranismo. Por todo ello sufrió prisión durante cinco años en las cárceles de Valladolid. Luego fue absuelto y puesto en libertad. Durante ese lapso escribió algunas de sus obras.Su regreso a la cátedra de Salamanca, constituyó un acontecimiento triunfal, pues sus admiradores lo recibieron con ovaciones y honores.

Poco tiempo antes de morir fue elegido Provincial de su Orden en Castilla. Fray Luis de León es uno de los poetas líricos más importantes de la literatura española. En su producción en verso, se acerca más a la Ascética que a la Mística, salvo en poemas como "***Oda a Salinas***" u "***Oda a la Ascención***". Su prosa es predominantemente ascética.

Su obra:

En Prosa: ***La perfecta casada***,
La exposición del Libro de Job,
Los Nombres de Cristo.

En Poesía: ***Odas***, entre las cuales sobresalen: ***A la vida retirada***, ***A Salinas***, ***A la Ascención***, ***Noche Serena***, ***La profecía del Tajo***. Es famosa también su traducción en verso de ***El Cantar de los Cantares***.

A continuación, tres poemas de Fray Luis de León

Oda a la vida retirada

¡Qué descansada vida
La del que huye del mundanal ruido
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio mono, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
con ansias vivas y mortal cuidado?

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves
Con su cantar suave no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
Quien al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
De ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada
El paso entre los árboles
Torciendo, el suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un flaco leño se confían;
No es mío ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día

Santa Teresa de Jesús:
Que nada te turbe, que nada te espante

Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me baste, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quién la mar no teme airada.

Y mientras miserablemente
Se están los otros abrasando
En sed insaciable
Del no durable mando,
Tendido yo a la sombra esté
cantando.

A la sombra tendido,
De yedra y lauro eterno coronado.
Puesto el atento oído
Al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

Oda a la música del ciego Salinas

El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
Mi alma que en olvido está sumida,
Torna a cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
En suerte y pensamiento se mejora
El oro desconoce
Que el vulgo ciego adora,
La belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
Hasta llegar a la más alta esfera,
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran maestro
Aquesta inmensa cítara aplicado,
Con movimiento diestro
Produce el son sagrado
Con que este eterno templo
es sustentado.

Y como está compuesta
De números concordes, luego envía
Consonante respuesta,
Y entrambas a porfía
Mezclan una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él así se anega,
Que ningún accidente
Extraño o peregrino oye o siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
¡Durase en tu reposo
Sin ser restituido
Jamás a aqueste bajo y vil sentido!
A este bien os llamo,
Gloria del apolíneo sacro coro,
Amigos, a quien amo
Sobre todo tesoro:
Que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh! suene de continuo,

Salinas, vuestro son en mis oídos,
Por quien al bien divino
Despiertan los sentidos,
Quedando los demás amortecidos.

En la ascensión

¡Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto;
Y tú rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados
Y los ahora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De ti desposeídos,
¿A dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado,
¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero, airado?
Estando tú encubierto,
¿Qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa
Aún de este breve gozo. ¿Qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay nos dejas!

***

San Juan de la Cruz
(1542-1591)

Nació en Fontiveros (Ávila), de familia humilde. Murió en Ubeda (Jaén). Su nombre completo era Juan Yepes y Alvarez.Realizó sus primeros estudios con la congregación jesuita. Practicó el oficio de enfermero en un hospital de Toledo.

Fray Luis de León

A la edad de veintiún años ingresó a la Orden de los Carmelitas, donde profesó el año siguiente. Allí mantuvo comunicación con Santa Teresa de Jesús, fundadora de otra orden religiosa; y propició además la creación de una nueva rama dentro de su orden: "Los Carmelitas descalzos"; lo cual dio lugar a luchas intestinas entre calzados y descalzos. Por tal motivo Juan Yepes fue encarcelado en Toledo, durante nueve meses, en una celda oscura. Luego logró evadirse y refugiarse en un convento hasta tanto fueron aplacadas aquellas luchas.

Ocupó cargos importantes en su orden: Definidor General y Prior de Granada, Vicario de Andalucía, etc.

Su obra consistió en varios libros de poesía. En ellos se da la literatura Mística en plenitud, fundiendo lo religioso y lo lírico mediante el empleo de símbolos, alegorías, imágenes y recursos poéticos de primera categoría y alta perfección de estilo. Es tal la calidad de sus versos que muchos escritores modernos aún siendo ateos o de poca religiosidad,

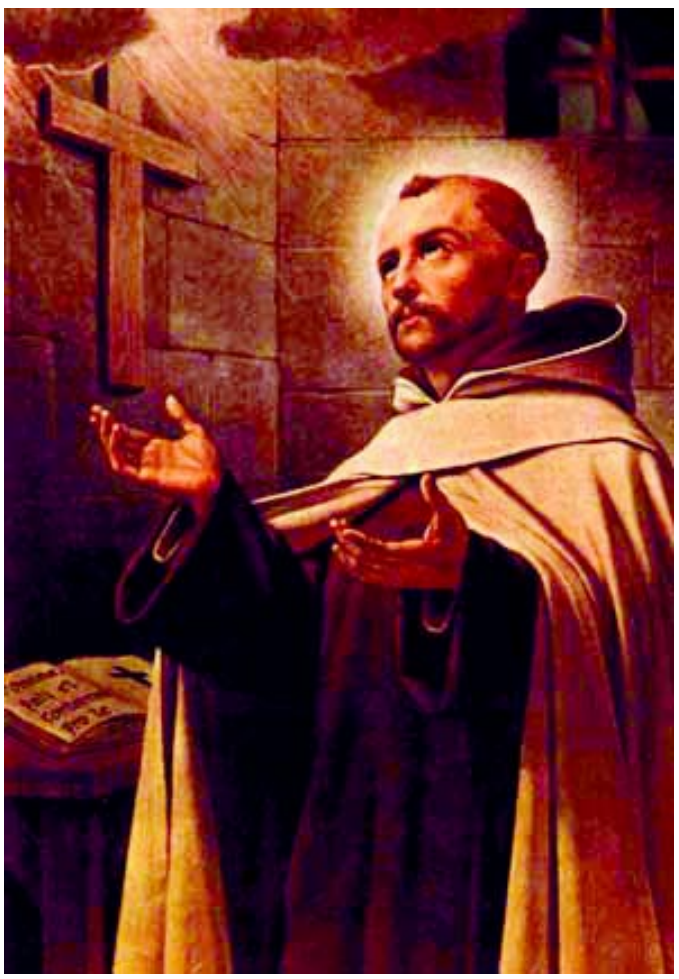
Retrato primitivo de San Juan de la Cruz (Carmelitas descalzos).

los admiran y reconocen como muestra de la mejor poesía lírica del Siglo de Oro español.

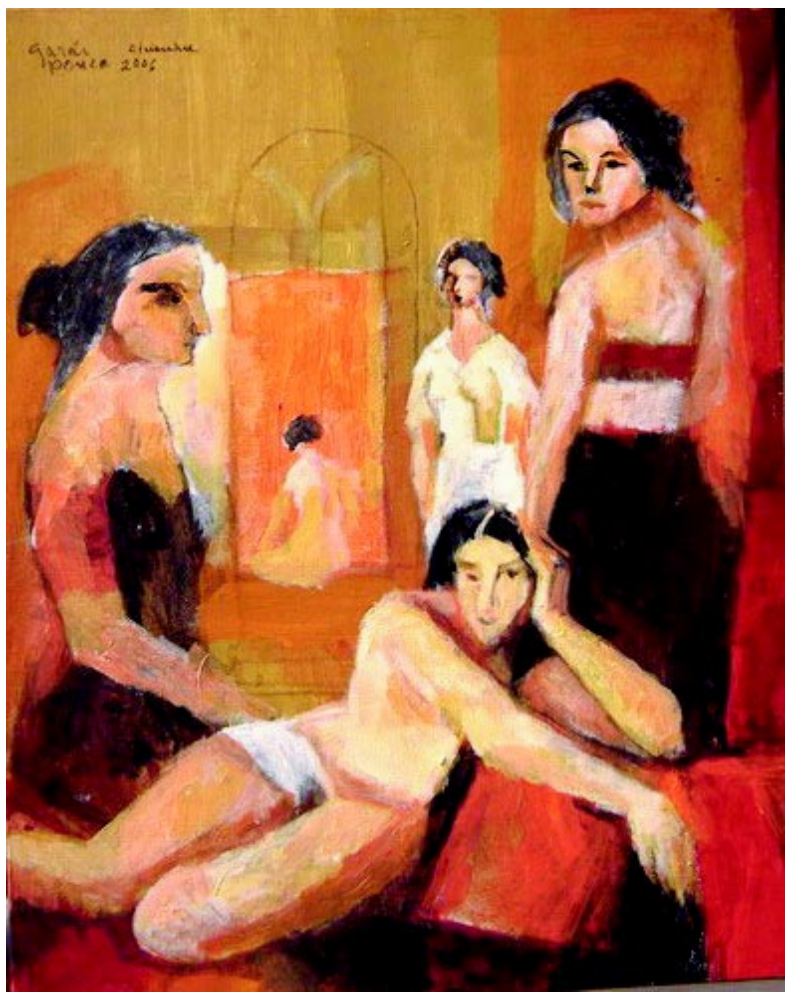
En el estilo de sus Odas, Cánticos y demás modalidades poéticas está presente la influencia de los clásicos, sobre todo de los grandes líricos de la antigüedad.

Su obra:

Sus libros fueron todos de publicación póstuma. Entre los más importantes están: ***Obras espirituales que encaminan a un alma a la perfecta unión con Dios***, (verso y prosa). Entre otros poemas, contiene: ***Subida al Monte Carmelo***, ***Noche Oscura del Alma***, ***Llama de Amor Viva***, ***Cántico Espiritual***, ***Avisos y Sentencias Espirituales***, ***Cartas Espirituales***.



San Juan de la Cruz



BIBLIOGRAFÍA
- Letras 1. Dr. Luis Melgar Brizuela. Edit. Oxcelotlán. San Salvador. Sin Fecha.
- Pequeño Larousse Ilustrado. México 1992.

Muchachas
(Antonio García Ponce)

Segundo Año de Bachillerato

Literatura salvadoreña: Lilian Serpas

Edgar Alfaro Chaverri

Esta gran escritora salvadoreña nació en San Salvador el 24 de marzo de 1905 —ya casi un siglo— Estimulada por su madre, mujer de gran inteligencia y sensibilidad, encontró en el hogar el ámbito propicio para su futura vocación literaria.

A los veinticuatro años, publicó *Nácar,* prologado por Francisco Gavidia, según refiere el investigador Carlos Cañas-Dinarte. Anteriormente publicó *Urna de ensueño,* con un prefacio de Juan Ramón Uriarte. Ejerció el periodismo en EEUU y en El Salvador.

Se radicó en México en los años cuarenta. En su novela *Los detectives salvajes,* el escritor chileno Roberto Bolaño hace una referencia fugaz a esa estadía de Serpas en México. En ese país escribió *Huésped de la eternidad, La flauta de los pétalos, Girofonía de estrellas, Corazón y esfera,* entre otros libros.

En su *Diccionario de Autoras y Autores de El Salvador,* Cañas-Dinarte narra los últimos años de Serpas, después de haber vuelto al país:

Después de 1972, a raíz de la muerte de su hijo Fernando a manos de un conductor ebrio, Lilian entró en un proceso autodestructivo a nivel mental y físico.

Regresó al país gracias a las gestiones hechas por varias buenas personas, como las señoras Nazaria March y Lydia Villavicencio Olano, quienes la retornaron y la ayudaron con espíritu samaritano. De vuelta en el paÌs, escribió el poemario *Pensamiento que no muere* (inédito), en el que destinó una sección completa para diez sonetos dedicados a Francisco Gavidia.

Mucha de su producción poética de estos años finales fue dada a conocer por las páginas sabatinas de *Filosofía, arte y letras* de *El Diario de Hoy*. En 1982, la Dirección de Publicaciones editó M*eridiano de orquídea y niebla*, que contiene poemas escritos entre 1945 y 1957.

Con la salud física y mental dañadas, se le dio trabajo en la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación, donde laboró hasta el día de su muerte, ocurrida a las 04:30 horas del jueves 10 de octubre de 1985, en una de las salas de mujeres del capitalino Hospital Rosales, en el que la escritora fue ingresada el 20 de septiembre, para tratarla de fracturas sufridas durante una caída.

La obra de Lilian Serpas es casi desconocida para el público joven. Eso se debe a la falta de nuevas ediciones de sus libros. Salvo los importantes datos que aporta Cañas-Dinarte en la obra ya mencionada y una interesante conferencia que dictó Carmen González Huguet en la Biblioteca Nacional hace unos cuantos años, Serpas ha sido injustamente arrojada al olvido.

Hoy traemos una muestra de su obra poética, extraída de *Poesía femenina de El Salvador*, antología compilada por Luis Gallegos Valdés y David Escobar Galindo (Dirección de Publicaciones, San Salvador, 1975) y del *Índice antológico de la poesía salvadoreña*, también compilado por el poeta Escobar Galindo (UCA Editores, San Salvador, V Edición, 1998).

****

Poemas de Lilian Serpas

La mariposa

En el jardín de plenilunio lleno
su tríptico de pétalos se posa,
con la fijeza de una mariposa
que congelara en flor su desenfreno.

Lilian Serpas

Tiene en su cáliz de candor un pleno
aire más fino que nevada rosa,
y del perfume, doncellez premiosa,
la suave gala de blancor sereno.

Vuelta de niebla y música su vida
es retazo de luna: ahí fundida:
vibró la noche en su primer rocío.

Así quedó la mariposa en vuelo
sobre la media página del cielo,
iclavada al aire en alfiler de frío!

Alunizaje

Lúcido en la tiniebla de un momento
de ser —ya sido— en inicial viraje,
arranca de raíz mi pensamiento
—tan joven como antiguo en su linaje—.

Ráfaga a grupas de un saber, aliento
—del polvo hostil en rescatado viaje—,
emite luz, muy cerca a lo que siento
del más nocturno azul de alunizaje.

Ritmos de meteoros miden tensa
noche, sólo soporte a mi defensa,
igual a rostro en Cero circunscrito.

Yo heroica y huyendo en un desvelo
—libre y sin nada—, como en un deshielo,
alcanzo en pie de amor, el infinito.

México, 1969.

De olvido
II

Tu imagen enlutada y pasajera
roza el leve sentir de una amargura...;
y aunque en ella yo viva prisionera,
mi vida es un no-estar en la ternura:

—afán que nunca llega hasta su vera—
si un ir inmotivado en mi presura,
me diluye, me escapa a la atadura
del tiempo, en ceguedad de lo que fuera:
—tal vez— sólo el mirar de la dulzura;
el más leve matiz en primavera:
la luz, la flor, la imagen que perdura;

desde mi hondón mi ser te configura,
—cerca o distante— el alma es heredera,
de ese súbito albor, de noche oscura...

Voces

—En la angustia del viento que susurra en la fronda,
—llega a mí la caricia de una frase tan honda,
tan lejana, tan bella... como el ala de un sueño
a través de esas noches de fulgor halagüeño.

Insensible, completa, una imagen alada,
una imagen que pierde su silueta en la nada.
¡Oh!, la angustia del viento... A mi estancia desierta,
como el soplo de un alma fugitiva y ya muerta,
llega y cuenta a mi oído los recuerdos de un día,
con nostalgia suprema de inaudita agonía...

¡Oh!, la angustia del viento. ¡Oh!, la frase tan honda;
y la imagen ya muerta que susurra en la fronda.

Isla

Al Dr. Octavio Rojas Avendaño.

Isla de sueño en soledad anclada
ojo de luz en ópalos dormida;
vago espejismo que mis nieblas dora
y el mar azul vigila.

Música en derredor bordea el alba
y ángeles abstraídos...

Invaden olas tu yacente muro
y te repliegan cándidos velámenes...
Sufres todas las lluvias
y te azotan los vientos fugitivos,
mas tu páramo en nieblas es refugio
de náufragos y pájaros marinos...

Bandeja de oro que se ofrece al canto
en manos estelares...
Peregrina de sueños te he encontrado
en el instante en que agoniza el alma,
en horarios mortales...

Hoy me alimento de tus zumos claros
—árbol en soledad acrisolada—
isla de sueño en dimensión de edades...!

Esfera nietzscheana

A Vlady

«Se paga muy caro el ser inmortal, tiene uno que morir en vida muchas veces».
Nietzsche

Dionisios vence al impasible Apolo
en lucha que me tiene dividida,
y al fértil corazón la lucha es sólo
afirmación suprema de la vida...

Así como en la arteria del poniente
se presiente la sangre de la aurora,
el espÌritu trágico de ahora
la desmesura musical presiente.

Y en esta desmesura va Dionisios
como en la amanecida del esfuerzo,
cuando aún eran tiernos los oficios
y era un niño jugando el Universo.

Desnudo
(Antonio García Ponce)

Comprendo el alma humana en un profundo
mensurar su valor y su incurable
ignorancia de joven vagabundo
persiguiendo lo que es impenetrable.

En esta creación de los valores
mi vitalismo radical reposa,
como en cesto de juncos cantadores
el perfume dormido de la rosa.

Del cristianismo la doctrina mansa
superándola estoy en mi entereza
porque donde termina la esperanza
la vida en pugna superior empieza...

Más allá de lo bueno y lo malo
como una vertical estoy situada,
y con el signo de la cruz de palo
labrando voy el puño de la espada...

Voluntad de vivir es el supremo
valor que me estremece fibra a fibra,
mientras supera el corazón blasfemo
la dolorosa atmósfera en que vibra...

Moral resentimiento que atenaza
como una pesadilla el dulce sueño,
lo desborda la fuerza que me abrasa
en condición de llamarada a leño...

El valor y la norma de la vida
es la vida que idéntica se funda
en el alma de la lucha endurecida
y en la carne sensual y vagabunda...

La voluntad de dominar desmiente
a la obscura quejumbre del cristiano,
como agua tumultuosa en un torrente
que desborda del cuenco de la mano.
La voluntad de vida es de dominio
que va moviendo, sin cesar, a guerra,
al erigir en —aire de exterminio—
el último sentido de la tierra.

Y más allá de la moral situada
de mi esférico vientre en el esfuerzo
ha de nacer, no un alma acongojada,
sino un dominador del universo...

En mí quiero forjar al Superhombre,
pues —soy en lides de peligro ducha—,
y es el esfuerzo quien le ofrece nombre
a mi vivir que acrisoló la lucha.
Y pues que tengo moral de señorío,
mi indomeñable reciedumbre advierte
que en el rebaño trágico y sombrío,
sólo destaca la moral del fuerte...

Sobre el amor al prójimo coloca
mi vida su poder afirmativo,
que a su dureza de cristal de roca
el calor une de mi fuego vivo.

En mí la eternidad se hace creadora,
y mantengo el orgullo resumido
de quien pone el riesgo de la hora
lo rotundo de un vientre concebido.

Soy impiadosa pues me sé fecunda,
y voy sembrando con ardiente mano
en el mediar del pecho, mi rotunda
fidelidad de amor a lo lejano...

La infértil tabla de valores falsos
de una cultura decadente rueda
como un infante con los pies descalzos
que va al abismo en pos de una moneda...
Y en este de cultura obscuro sismo,
mi ser insomne queda preservado
porque convierte mi interior abismo
en substancia de un mundo superado...

Necesidad vital y sentimiento
en el orden supremo de la vida
subordinan infiel conocimiento,
y a la lógica dejan mal herida.
Porque sólo es criterio de verdad
lo que lacera mi fecundo ovario,
y no lo universal y necesario
—cóncavo espejo de la humanidad—.

Jerarquizo valores naturales,
y del dominio la impetuosa norma,
como halcón que rompió trampas morales
en equilibrio de su propia forma.

Voluntad de poder le da estructura
a mi camino de peregrinante,
y el Eterno Retorno va delante
de mí, sacado de mi propia hondura!

Cada momento afirma mi existencia
en una encadenada eternidad,
y en mi círculo cerrado, mi conciencia
padece el hambre de inmortalidad...

En la transmutación de los valores,
y en el eterno repetir me fundo
para darle medida a mis dolores
con que abarcar la órbita del mundo...
El devenir es único molino
que con el viento del instinto rueda
para que el fuerte Superhombre pueda
lo humano levantar a lo divino...

Y es en mi carne, con afán violento,
en lucha abierta que mi ser decanta,
como en el alba de su advenimiento
se estrangula un clamor en mi garganta...

Vendedoras
(Antonio García Ponce)

El cuento de lasemana

«Bienvenido, Bob»

Juan Carlos Onetti (Uruguay l909-1994)

Es seguro que cada día estará más viejo, más lejos del tiempo en que se llamaba Bob, del pelo rubio colgando en la sien, la sonrisa y los lustrosos ojos de cuando entraba silenciosamente en la sala, murmurando un saludo o moviendo un poco la mano cerca de la oreja, e iba a sentarse bajo la lámpara, cerca del piano, con un libro o simplemente quieto y aparte, abstraído, mirándonos durante una hora sin un gesto en la cara, moviendo de vez en cuando los dedos para manejar el cigarrillo y limpiar de cenizas la solapa de sus trajes claros.

Igualmente lejos -ahora que se llama Roberto y se emborracha con cualquier cosa, protegiéndose la boca con la mano sucia cuando toso- del Bob que tomaba cerveza, dos vasos solamente en la más larga de las noches, con una pila de monedas de diez sobre su mesa de la cantina del club, para gastar en la máquina de discos. Casi siempre solo, escuchando jazz, la cara soñolienta, dichosa y pálida, moviendo apenas la cabeza para saludarme cuando yo pasaba, siguiéndome con los ojos tanto tiempo como yo me quedara, tanto tiempo como me fuera posible soportar su mirada azul detenida incansablemente en mí, manteniendo sin esfuerzo el intenso desprecio y la burla más suave. También con algún otro muchacho, los sábados, alguno tan rabiosamente joven como él, con quien conversaba de solos, trompas y coros y de la infinita ciudad que Bob construiría sobre la costa cuando fuera arquitecto. Se interrumpía al verme pasar para hacerme el breve saludo y no sacar los ojos de mi cara, resbalando palabras apagadas y sonrisas por una punta de la boca hacia el compañero que terminaba siempre por mirarme y duplicar en silencio el silencio y la burla.

A veces me sentía fuerte y trataba de mirarlo: apoyaba la cara en una mano y fumaba encima de mi copa mirándolo sin pestañear, sin apartar la atención de mi rostro que debía sostenerse frío, un poco melancólico. En aquel tiempo Bob era muy parecido a Inés; podía ver algo de ella en su cara a través del salón del club, y acaso alguna noche lo haya mirado como la miraba a ella. Pero casi siempre prefería olvidar los ojos de Bob y me sentaba de espaldas a él y miraba las bocas de los que hablaban en mi mesa, a veces callado y triste para que él supiera que había en mí algo más que aquello por lo que había juzgado, algo próximo a él; a veces me ayudaba con unas copas y pensaba "querido Bob, andá a contárselo a tu hermanita", mientas acariciaba las manos de las muchachas que estaban sentadas a mi mesa o estiraba una teoría sobre cualquier cosa, para que ellas rieran y Bob lo oyera.

Pero ni la actitud ni la mirada de Bob mostraban ninguna alteración en aquel tiempo, hiciera yo lo que hiciera. Sólo recuerdo esto como prueba de que él anotaba mis comedias en la cantina. Tenía un impermeable cerrado hasta el cuello, las manos en los bolsillos. Me saludó moviendo la cabeza, miró alrededor enseguida y avanzó en la habitación como si me hubiera suprimido con la rápida cabezada: lo vi moverse dando vueltas a la mesa, sobre la alfombra, andando sobre ella con sus amarillentos zapatos de goma. Tocó una flor con un dedo, se sentó en el borde de la mesa y se puso a fumar mirando el florero, el sereno perfil puesto hacia mí, un poco inclinado, flojo y pensativo. Imprudentemente -yo estaba de pie recostado contra el piano- empuje con mi mano izquierda una tecla grave y quedé ya obligado a repetir el sonido cada tres segundos, mirándolo.

Yo no tenía por él más que odio y un vergonzante respeto, y seguí hundiendo la tecla, clavándola con una cobarde ferocidad en el silencio de la casa, hasta que repentinamente quedé situado afuera,

Las Tres Gracias (Antonio García Ponce).

observando la escena como si estuviera en lo alto de la escalera o en la puerta, viéndolo y sintiéndolo a él, Bob, silencioso y ausente junto al hilo de humo de su cigarrillo que subía temblando; sintiéndome a mí, alto y rígido, un poco patético, un poco ridículo en la penumbra, golpeando cada tres exactos segundos la tecla grave con mi índice. Pensé entonces que no estaba haciendo sonar el piano por una incomprensible bravata, sino que lo estaba llamando; que la profunda nota que tenazmente hacía renacer mi dedo en el borde de cada última vibración era, al fin encontrada, la única palabra pordiosera con que podía pedir tolerancia y comprensión a su juventud implacable. Él continuó inmóvil hasta que Inés golpeó la puerta del dormitorio antes de bajar a juntarse conmigo. Entonces Bob se enderezó y vino caminando con pereza hasta el otro extremo del piano, apoyó un codo, me miró un momento y después dijo con una hermosa sonrisa: "¿Esta noche es una noche de lecho o de whisky? ¿Ímpetu de salvación o salto en el vacío?".

No podía contestarle nada, no podía deshacerle la cara de un golpe; dejé de tocar y fui retirando lentamente la mano del piano. Inés estaba en la mitad de la escalera cundo él me dijo: "Bueno, puede ser que usted improvise".

El duelo duró tres o cuatro meses, y yo no podía dejar de ir por las noches al club -recuerdo, de paso, que había campeonato de tenis por aquel tiempo- porque cuando me estaba por algún tiempo sin aparecer por allí, Bob saludaba mi regreso aumentando el desdén y la ironía en sus ojos y se acomodaba en el asiento con una mueca feliz.

Cuando llegó el momento de que yo no pudiera desear otra solución que casarme con Inés cuanto antes, Bob y su táctica cambiaron. No sé cómo supo mi necesidad de casarme con su hermana y de cómo yo había abrazado esa necesidad con todas las fuerzas que me quedaban. Mi amor por aquella necesidad había suprimido el pasado y toda atadura con el presente. No reparaba entonces en Bob; pero poco tiempo después hube de recordar cómo había cambiado en aquella época y alguna vez quedé inmóvil, de pie en la esquina, insultándolo entre dientes, comprendiendo que entonces su cara había dejado de ser burlona y me enfrentaba con seriedad y un intenso cálculo, como se mira un peligro o una tarea compleja, como se trata de valorar el obstáculo y medirlo con las fuerzas de uno. Pero yo no le daba ya importancia y hasta llegué a pensar que en su cara inmóvil y fija estaba naciendo la comprensión por lo fundamental mío, por un viejo pasado de limpieza que la adorada necesidad de casarme con Inés extraía de debajo de los años y sucesos para acercarme a él.

Después vi que estaba esperando la noche; pero lo vi recién cuando aquella noche llegó Bob y vino a sentarse a la mesa donde yo estaba solo y despidió al mozo con una seña. Esperé un rato mirándolo, era tan parecido a ella cuando movía las cejas; y la punta de la nariz, como a Inés, se le aplastaba un poco cuando conversaba. "Usted no va a casarse con Inés", dijo después. Lo miré, sonreí, dejé de mirarlo. "No, no se va a casar con ella porque una cosa así se puede evitar si hay alguien de veras resuelto a que se haga". Volví a sonreírme. "Hace unos años -le dije- eso me hubiera dado muchas ganas de casarme con Inés. Ahora no agrega ni saca. Pero puedo oírlo, si quiere explicarme...". Enderezó la cabeza y continuó mirándome en silencio; acaso tuviera prontas las frases y esperaba a que yo completara la mía para decirlas. "Si quiere explicarme por qué no quiere que yo me case con ella", pregunté lentamente y me recosté en la pared. Vi enseguida que yo no había sospechado nunca cuánto y con cuanta resolución me odiaba; tenía la cara pálida, con una sonrisa sujeta y apretada con los labios y dientes. "Habría que dividirlo por capítulos -dijo-, no terminaría en la noche".

"Pero se puede decir en dos o tres palabras. Usted no se va a casar con ella porque usted es viejo y ella es joven. No sé si usted tiene treinta o cuarenta años, no importa. Pero usted es un hombre hecho, es decir deshecho, como todos los hombres a su edad cuando no son extraordinarios". Chupó el cigarrillo apagado, miró hacia la calle y volvió a mirarme; mi cabeza estaba apoyada contra la pared y seguía esperando. "Claro que usted tiene motivos para creer en lo extraordinario suyo. Creer que ha salvado muchas cosas del naufragio. Pero no es cierto". Me puse a fumar de perfil a él; me molestaba, pero no le creía; me provocaba un tibio odio, pero yo estaba seguro de que nada me haría dudar de mí mismo después de haber conocido la necesidad de casarme con Inés. No; estábamos en la misma mesa y yo era tan limpio y tan joven como él. "Usted puede equivocarse -le dije-. Si usted quiere nombrar algo de lo que hay deshecho en mí...". "No, no -dijo rápidamente-, no soy tan niño. No entro en ese juego. Usted es egoísta; es sensual de una sucia manera. Está atado a cosas miserables y son las cosas las que lo arrastran. No va a ninguna parte, no lo desea realmente. Es eso, nada más; usted es viejo y ella es joven. Ni siquiera debo pensar en ella frente a usted. Y usted pretende...". Tampoco entonces podía yo romperle la cara, así que resolví prescindir de él, fui al aparato de música, marqué cualquier cosa y puse una moneda. Volví despacio al asiento y escuché. La música era poco fuerte; alguien cantaba dulcemente en el interior de grandes pausas. A mi lado Bob estaba diciendo que ni siquiera él, alguien como él, era digno de mirar a Inés a los ojos. Pobre chico, pensé con admiración. Estuvo diciendo que en aquello que él llama vejez, lo más repugnante, lo que determinaba la descomposición era pensar por conceptos, englobar a las mujeres en la palabra mujer, empujarlas sin cuidado para que pudieran amoldarse al concepto hecho por una pobre experiencia. Pero -decía también- tampoco la palabra experiencia era exacta. No había ya experiencias, nada más que costumbre y repeticiones, nombres marchitos para ir poniendo a las cosas y un poco crearlas. Más o menos eso estuvo diciendo. Y yo pensaba suavemente si él caería muerto o encontraría la manera de matarme, allí mismo y enseguida, si yo le contara las imágenes que removía en mí al decir que ni siquiera él merecía tocar a Inés con la punta de un dedo, el pobre chico, o besar el extremo de sus vestidos, la huella de sus pasos o cosas así. Después de una pausa -la música había terminado y el aparato apagó las luces aumentando el silencio-, Bob dijo "nada más", y se fue con el andar de siempre, seguro, ni rápido ni lento.

Si aquella noche el rostro de Inés se me mostró en las facciones de Bob, si en algún momento el fraternal parecido pudo aprovechar la trampa de un gesto para darme a Inés por Bob, fue aquella, entonces, la última vez que vi a la muchacha. Es cierto que volví a estar con ella dos noches después en la entrevista habitual, y un mediodía en un encuentro impuesto por mi desesperación, inútil, sabiendo de antemano que todo recurso de palabra y presencia sería inútil, que todos mis machacantes ruegos morirían de manera asombrosa, como si no hubieran sido nunca, disueltos en el enorme aire azul de la plaza, bajo el follaje de verde apacible en mitad de la buena estación.

Las pequeñas y rápidas partes del rostro de Inés que me había mostrado aquella noche Bob, aunque dirigidas contra mí, unidas a la agresión, participaban del entusiasmo y el candor de la muchacha. Pero cómo hablar a Inés, cómo tocarla, convencerla a través de la repentina mujer apática de las dos últimas entrevistas. Cómo reconocerla o siquiera evocarla mirando a la mujer de largo cuerpo rígido en el sillón de su casa y en el banco de la plaza, de una igual rigidez resuelta y mantenida en las dos distintas horas y los dos parajes; la mujer de cuello tenso, los ojos hacia delante, la boca muerta, las manos plantadas en el regazo. Yo la miraba y era "no", sabía que era "no" todo el aire que la estaba rodeando.

Nunca supe cuál fue la anécdota elegida por Bob para aquello; en todo caso, estoy seguro de que no mintió, de que entonces nada -ni Inés- podía hacerlo mentir. No vi más a Inés ni tampoco a su forma vacía y endurecida; supe que se casó y que no vive ya en Buenos Aires. Por entonces, en medio del odio y del sufrimiento me gustaba imaginar a Bob imaginando mis hechos y eligiendo la cosa justa o el conjunto de

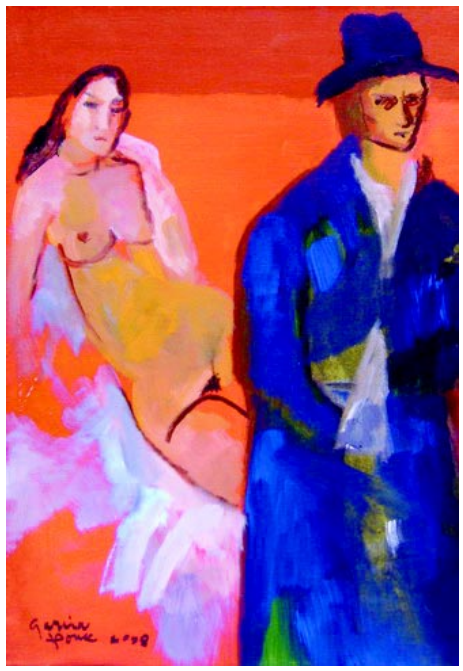
cosas que fue capaz de matarme en Inés y matarla a ella para mí.

Ahora hace cerca de un año que veo a Bob casi diariamente, en el mismo café, rodeado de la misma gente. Cuando nos presentaron -hoy se llama Roberto- comprendí que el pasado no tiene tiempo y el ayer se junta allí con la fecha de diez años atrás. Algún gastado rastro de Inés había aún en su cara, y un movimiento de la boca de Bob alcanzó para que yo volviera a ver el alargado cuerpo de la muchacha, sus calmosos y desenvueltos pasos, y para que los mismos inalterados ojos azules volvieran a mirarme bajo un flojo peinado que cruzaba y sujetaba una cinta roja. Ausente y perdida para siempre, podía conservarse viviente e intacta, definitivamente inconfundible, idéntica a lo esencial suyo. Pero era trabajoso escarbar en la cara, las palabras y los gestos de Roberto para encontrar a Bob y poder odiarlo. La tarde del primer encuentro esperé durante horas a que se quedara solo o saliera para hablarle y golpearlo. Quieto y silencioso, espiando a veces su cara o evocando a Inés en las ventanas brillantes del café, compuse mañosamente las frases del insulto y encontré el paciente tono con que iba a decírselas, elegí el sitio de su cuerpo donde dar el primer golpe. Pero se fue al anochecer acompañado por tres amigos, y resolví esperar, como había esperado él años atrás, la noche propicia en que estuviera solo.

Cuando volví a verlo, cuando iniciamos esta segunda amistad que espero no terminará ya nunca, dejé de pensar en toda forma de ataque. Quedó resuelto que no le hablaría jamás de Inés ni del pasado y que, en silencio, yo mantendría todo aquello viviente dentro de mí. Nada más que esto hago, casi todas las tardes, frente a Roberto y las caras familiares del café. Mi odio se conservará cálido y nuevo mientras pueda seguir viviendo y escuchando a Roberto; nadie sabe de mi venganza, pero la vivo, gozosa y enfurecida, un día y otro. Hablo con él, sonrío, fumo, tomo café. Todo el tiempo pensando en Bob, en su pureza, su fe, en la audacia de sus pasados sueños. Pensando en el Bob que amaba la música, en el Bob que planeaba ennoblecer la vida de los hombres construyendo una ciudad de enceguecedora belleza para cinco millones de habitantes, a lo largo de la costa del río; el Bob que no podía mentir nunca; el Bob que proclamaba la lucha de los jóvenes contra los viejos, el Bob dueño del futuro y del mundo. Pensando minucioso y plácido en todo eso frente al hombre de dedos sucios de tabaco llamado Roberto, que lleva una vida grotesca, trabajando en cualquier hedionda oficina, casado con una mujer a quien nombra "mi señora"; el hombre que se pasa estos largos domingos hundido en el asiento del café, examinando diarios y jugando a las carreras por teléfono.

Nadie amó a mujer alguna con la fuerza con que yo amo su ruindad, su definitiva manera de estar hundido en la sucia vida de los hombres. Nadie se arrobó de amor como yo lo hago ante sus fugaces sobresaltos, los proyectos sin convicción que un destruido y lejano Bob le dicta algunas veces y que sólo sirven para que mida con exactitud hasta donde está emporcado para siempre.

No sé si nunca en el pasado he dado la bienvenida a Inés con tanta alegría y amor como diariamente le doy la bienvenida a Bob al tenebroso y maloliente mundo de los adultos. Es todavía un recién llegado y de vez en cuando sufre sus crisis de nostalgia. Lo he visto lloroso y borracho, insultándose y jurando el inminente regreso a los días de Bob. Puedo asegurar que entonces mi corazón desborda de amor y se hace sensible y cariñoso como el de una madre. En el fondo sé que no se irá nunca porque no tiene sitio donde ir; pero me hago delicado y paciente y trato de conformarlo. Como ese puñado de tierra natal, o esas fotografías de calles y monumentos, o las canciones que gustan traer consigo los inmigrantes, voy construyendo para él planes, creencias y mañanas distintos que tienen luz y el sabor del país de juventud de donde él llegó hace un tiempo. Y él acepta; protesta siempre para que yo redoble mis promesas, pero termina por decir que sí, acaba por muequear una sonrisa creyendo que algún día habrá de regresar al mundo de las horas de Bob y queda en paz en medio de sus treinta años, moviéndose sin disgusto ni tropiezo entre los cadáveres pavorosos de las antiguas ambiciones, las formas repulsivas de los sueños que se fueron gastando bajo la presión distraída y constante de tantos miles de pies inevitables.



Motel (Antonio García Ponce)

El poema de la semana

César Vallejo (Perú 1892-España 1938)

Sin título (Antonio García Ponce)

Cuando leí este poema por primera vez, tenía a lo sumo los catorce años. Me impactó, pues, ¿dónde un muerto se incorpora para acompañar a todos los hombres de la tierra, abrazados, solidarios y dolidos de su muerte?
El mensaje era más que desgarrador, imposible no desmoronarse ante tanta imagen de realista belleza, de alucinante resquemor. ¿De cuan profundos ideales nos estábamos enamorando? ¿Anidaba ya el pajarito subversivo en nuestros árboles silvestres?
Más tarde averigüe que la guerra civil española, dió pauta y el escenario bélico para estos sentimientos. Un conflicto similar al que estábamos enfrentando en los años ochenta y de donde César Vallejo extrajo su desgarrador libro: *España, aparta de mí este cáliz.*
Lo cierto es que este poema sigue perdurando para toda la eternidad; y su visión y paisaje apocalíptico, cada día capturará más adeptos y llorosos lectores. Esperamos que siga creciendo su altísimo poder de hipersensibilización. (VB).

MASA

Al fin de la batalla,
y muerto ya el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: "No mueras, te amo tanto!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
"No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

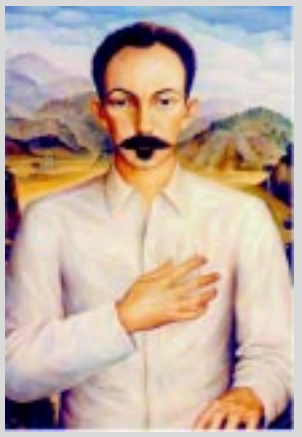
Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: "¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: "¡Quédate, hermano!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vió el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar...

De: España, aparta de mí este cáliz [1937]

Martiana



Versos Sencillos (1891)

IV

Yo visitaré anhelante
Los rincones donde a solas
Estuvimos yo y mi amante
Retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
Solos, con la compañía
De dos pájaros que vimos
Meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,
En la pareja ligera,
Deshizo los lirios rojos
Que le dio la jardinera.

La madreselva olorosa
Cogió con sus manos ella,
Y una madama graciosa,
Y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
Abrirle su quitasol;
Y ella me dijo: "¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el Sol!".

"Nunca más altos he visto
Estos nobles robledales:
Aquí debe estar el Cristo
Porque están las catedrales."

"Ya sé dónde ha de venir
Mi niña a la comunión;
De blanco la he de vestir
Con un gran sombrero alón."

Después, del calor al peso,
Entramos por el camino,
Y nos dábamos un beso
En cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe
Al lago mudo y helado:
Clavaré la quilla triste:
Posaré el remo callado!

V

Si ves un monte de espumas
Es mi verso lo que ves:
Mi verso es un monte, y es
Un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
Que por el puño echa flor:
Mi verso es un surtidor
Que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
Y de un carmín encendido:
Mi verso es un ciervo herido
Que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
Mi verso, breve y sincero,
Es del vigor del acero
Con que se funde la espada.